LA CASA DE LA DEMENCIA,

Ó LOS POLÍTICOS LOCOS.

SUEÑO PRIMERO.

Una de estas noches en que la tenacidad de la lluvia me hizo estar encerrado en casa, me dediqué á rejistrar una multitud de papeles públicos, donde hallé un buen repuesto de injurias á la Inquisicion, opresion y tirania: encontré proposiciones impugnadas por unos, y defendidas con ardor por otros, y en ellos ví que todos se llaman *liberales*, todos *religiosos*, profiriendo muchos de estos, que usurpan tan santo nombre, espresiones las mas escandalosas, y gran parte de aquellos vertiendo el mas refinado *servilismo.* Tan varia lectura no pudo ménos que producir en mi cabeza el tropel mas confuso de ideas contrarias y opuestas todas entre sí.

Cansado y confundido me recojí dentro de mí mismo, dando así lugar á la reflexion, y rumiando las especies esparcidas en tanta multitud y variedad de escritos, para formar despues un jucio prudente de ellos; pero hete aquí que la fatiga, el silencio, la soledad, y el apasible susurro de las aguas introducen en mis sentidos un entorpecimiento agradable, y el sueño me roba aquellos instantes dedicados á la meditacion.

Ya comienzo á soñar; pero ¡que sueño!.... Yo, *el mismo D. Antonio de siempre*, que jamás aparecí lustroso en público, solo conocido de un corto puñado de hombres, y que jamas me pasó por las mientes hacer papel brillante en el mundo: yo, yo mismo, en un caballo vistosamente enjaezado, y vestido de gala, con gavan rojo adornado de cinta blanca, me veo de caballero en el

mas lucido pendon. ¡O encantos estraordinarios del sueño! Mi imaginacion me representó á mi mismo tan al vivo, que en aquel acto hubiera jurado que yo era el que hacia consonancia con sus templados atabales á la sonora música que precedia al suntuoso paseo que ya describo.

Tras de nosotros los músicos venia la mejor nobleza de la ciudad en caballos ricamente adornados, á que hacian compañia cuatro ó seis lacayos, (y hay opiniones que la mayor parte de estos eran de alquiler) segun la clase del sugeto á quien servian: tras de estos en vian losregidore s con igual equipaje, y mas atrás la audiencia con trages negros y golilla, y sus caballos con solo el modesto adorno de unos albardones de terciopelo negro. Presidia esta procesion un personage que yo no conocia, trayendo un magnífico estandarte de damasco carmesí, en cuyo centro estaba bordado con primor de fina plata un *libro*, que despedia rayos de luz, y tenia escritas de purísimo oro en sus ojas estas palabras: *Constitucion de la Monarquía Española.*

Acaso la proximidad de la fiesta de S. Hipólito me hizo soñar este nuevo paseo con relacion al pendon antiguo con que en tal dia se celebraba la toma de Méjico por Cortés; mas sea lo que fuere, lo cierto es que llegamos á la Iglesia de PP. Politanos, donde nos recibieron con bastante cumplimiento, y mientras los personages ecuestres mas condecorados ent[illegible] á la Iglesia para asistir á la clásica funcion, nos fuimos nosotros á la casa de locos; (diversion antes bastante concurrida) pero ¡cual fué mi sorpresa no viendo la casa antigua, sino otra bastante nueva, cuya asombrosa extension dejaba burlados los ojos mas linces! Multitud de anchurosos patios, galerías sin límites, é infinitos locos. Una concurrencia numerosa apenas dejaba campo para ver las locuras de aquellos infelices; mas á codazos y empujones separaba yo á quien me estorbaba, y así logré ver mucho, aunque no todo. Á la entrada del primer patio se leía un rotulón de letras grandes sobre la puerta principal que decia: LOCOS SERVILES, y en uno de

los ángulos estaba agolpada la gente queriendo entrar por una puerta, adonde yo me encaminé, y logrando introducirme adentro observé cosas admirables.

Era un salon entapizado todo de damasco amarillo, y adornado de venerables retratos, que por su altura no pude leer de quienes eran, pero habia cardenales, duques, arzobispos, capitanes generales, obispos, inquisidores, vireyes, clérigos, frailes, y empleados de todas clases con distintos uniformes, y yo facilmente me persuadí que serian *los héroes del servilismo*, pues correspondia aquella sala al departamento *de locos serviles*: En el centro habia una mesa sobre tres gradas, una silla poltrona, y al lado derecho una grande percha que se estendia de estremo á estremo, donde estaban colgados innumerables vestidos de diferentes hechuras, colores, y adornos, con gran cantidad de máscaras, con lo que yo creía que aquellos locos jugaban á carnabal en los ratos ociosos. Ya me daba yo por satisfecho de tanto ver, aunque hechaba ménos á los locos, que hasta aquella hora no se habian presentado, cuando empieza á levantarse dentro de la sala un sordo murmullo, que creciendo á cada instante paró en griteria y bullicio: me páro sobre las puntas de los pies, y alzando la cabeza cuanto pude me previne para algun espectáculo interesante. En efecto, por una puerta inmediata á la mesa fueron saliendo muchos locos de dos en dos, todos cruzados de brazos y bajos los ojos, dividiendose en dos ileras que ocuparon todo el largo de aquella grandísima sala, y tras ellos venia el mas venerable, que despues de haber hecho al público una reverencia, se sentó en la silla que habia junto de la mesa, en donde pusieron una campanilla. Con dos campanadas impuso silencio aquel presidente, y habló, segun me acuerdo en estos términos: »Fieles súbditos mios: llegó el fatal tiempo de »la perversidad, y el Aberno ha bomitado la libertad, »esa furiosa hidra, que intenta acabar con nuestro im»perio: ¿y dormirémos nosotros, teniendo á nuestras puer»tas tan horroroso enemigo? No, mis queridos; ya es »tiempo de emprender nuestra defensa: abandonad el ocio»

»revestios de valor, y pelead impertérritos hasta conse»guir la victoria; pero no creais que las armas os sa»quen de tamaño conflicto; solo el *ardid*, solo la *astucia* »os labrarán el lauro que debe ornar vuestras sienes: »romped vuestras vestiduras, y acomodaos esos trajes que »teneis á la vista, sin olvidar las máscaras: salid por »esas plazas: convertid esas ciudades: llenad el mundo »de zizaña, y volved á recojer los frutos de tan ardua »mision, logrando en premio los altos puestos, los subli»mes honores de que os despojan hoy la recta razon, y »política libertad."

Así habló el presidente, y volviendo á sonar la campanilla, cada loco arrojó sus vestidos, y tomando de aquellos de la percha el que mejor acomodó á cada uno, fueron á besar la mano, y á recibir las tiernas bendiciones del orador presidente, quien con lágrimas se despedia de sus carisimos hijos. Se metió el Padre Maestro por la puerta por donde habia salido, y aquellos infatigables ministros del despotismo allí mismo comenzaron sus misiones. Eran dignos de verse unos que se vistieron de obispos, como allí empezaron á echar bendiciones al pueblo, y nos querian persuadir la obediencia á la Constitucion, porque lo mandaba el Rey, declamando contra las funestas consecuencias de la libertad de imprenta: otros vestidos de religiosos impugnaban á cara descubierta esta libertad civil, fulminando anatemas contra *el Amante de la Constitucion*, y contra el *Pan y toros*, arguyendo de heréticos los escritos puramente políticos: otros con trajes de militares á la antigua persuadian al pueblo á una ciega obediencia al Rey, afirmando que la Constitucion le defraudaba su autoridad: otros vestidos de profetas anunciaban la vuelta de la Inquisicion y amenazaban con el potro, y la hoguera á los que se declarasen sus enemigos: otros vestidos de gefes gritaban que no se podia observar la Constitucion *por las circunstancias*: otros con ropajes de filósofos probaban con silogismos en *bárbara*, que la soberania de los reyes dimana inmediata y únicamente de Dios, y que es el mayor absurdo afirmar, que reside esencialmente en la

nacion: finalmente era tal la griteria, tal el bullicio, y las risadas de los espectadores, que no habria mas confusion en Babilonia. Lo mas gracioso del caso es, que á mi mismo que los habia visto enmascararse me queria persuadir uno de ellos á prescindir de mi modo de pensar, prometiendo imbuirme en brèves instantes en su sana moral; yo no pudiendo contener la risa le repetia en alta voz aquel distico de Marcial:

Decipies alios vervis, vultúque benigno;
Nam mihi jam notus dissimulator eris.

Y viendo que seguia su instancia se lo repetía en castellano para que lo entendiesen todos:

Puede ser que engañes á otros

con tan hipócrita cara;

pero á mí no me la pegas,

que ya te conozco, maula.

No hubiera prescindido de su intento, si yo apartado un poco de él no atendiera á un leguleyo, que demostraba la indispensable necesidad de *sucumbir á la imperiosa ley de la fuerza.*

Pero no debia ser aquel el teatro de sus misiones: el departamento de los locos liberales era el blanco de sus tiros, el objeto de sus deseos, y el lugar de sus predicaciones, por lo que poco á poco empezamos á salir, segun lo permitia la numerosa concurrencia, encaminandonos á un callejon que daba entrada á otro espacioso patio, sobre cuya puerta se leia: LOCOS LIBERALES.

Lográmos despues de mucho trabajo, y á fuerza de empellones entrar en él, y alli sí que se ofrecian á la vista los mas graciosos espectáculos.

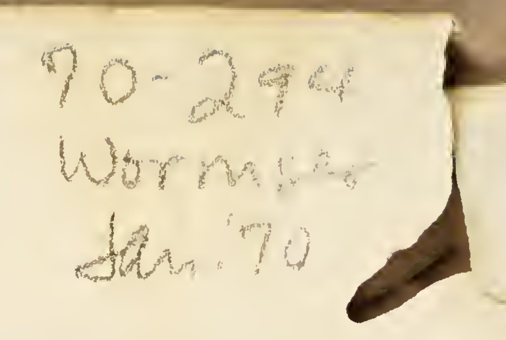
En el portal de la derecha que veía al poniente, estaban unos cuantos de ellos con el noble empeño de llenar de agua una tinaja, que parecia criba por sus muchos ahujeros: uno era el *irónico*, y hay opiniones fundadas que otro era el autor de *D. Antonio*: y á pesar de que ya cansados rendian el aliento, sin conseguir por eso ver cumplidos sus deseos, estaban tan contentos que parecia habian tapado ya algunos de los muchos ahujeros de su tinaja. Al ver yo tan ridículo proyecto me dejé decir en voz alta: éste es puntualmente el castigo que las hijas de Danao tienen en el infierno: á lo que me contestó un loco que estaba cerca de mí: »amigo, entiende »V. poco de esto: esa tinaja es la Constitucion, los ahu»jeros son las infracciones que se hacen de sus artícu»los, y esos liberales han proyectado hacer que se tapen »los huecos con el agua de sus escritos.« ¡Lindo proyecto! dije yo entre dientes, y temiendo encolerizar á este loco maestro, me escabullí; y adelante estaba otro en ademán de *pensativo* observando á unos muñecos de camelote que bailaban sobre una pieza que parecia patena, próxima á una multitud de culebras de bronce, que con sus dientes casi tocaban á unos discos de cristal, y allí decian que todos estos títeres se llaman *máquina eléctrica*. Es imposible pintar la admiracion y silencio, con que admiraban los muchachos, y yo entre ellos, aquellos instrumentos, que apellidaban májicos, lo que todos creian, viendo que allí hacian cabriolas hasta los mismos inquisidores. Ni parpareaba yo por no perder de vista cosas tan admirables, cuando hete aquí que suena una campanilla, y una ronca voz, que hizo estremecer á todos los circunstantes: *misiones*, *misiones*, decian las gentes, y sobre la alcantarilla que estaba junto á la fuente que mediaba el patio, se aparece el *Fernandino Constitucional*, entonando el *acto de contricion*, ó por mejor decir, dando principio á las misiones de los serviles. Allá corrió toda la gente; y las viejas lloraban, y se cacheteaban aun antes de haber oido al predicador, que dió principio con esta cantinela que pronunció en tono espantoso:

Cuando en el infierno estés
ardiendo como tizon,
allí te dirán los diablos:
¿no querias Constitucion?

Á estas voces los loqueros, que no eran frailes, sino otros locos medio mansos, bajaron al pobre misionero de la alcantarilla á *cuartazos* y *coscorrones*, porque decian, que estaba furioso: y fué tanta la zurra, que le quitaron la máscara al tal fernandino, quien por librarse de los azotes se vió precisado á retractarse de cuanto habia dicho, como lo hizo en efecto, y no faltó quien lo defendiese de sus compañeros, que fué premiado con *un caramelo* agridulce, que le regaló un liberal.

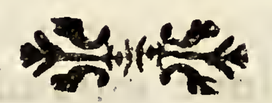
Desde el medio del patio se oian las voces de otros, que empeñados en una acalorada disputa ya no se entendian ni ellos mismos. Allí estaba uno cuya cara horrible dicen que es retrato vivo de Caifás, y en su frente tenia esta marca: *F. R.* Fué el primero que impugnó *el Amante de la Constitucion*; pero estaba tan aturdido con los argumentos contrarios, que no hablaba una palabra, y dejaba á sus padrinos lo mas peligroso del ataque. Un liberal intrépido levanta la voz de *Constitucion ó muerte*, y sus tiros ya anuncian la victoria; sigue la lucha con desmayo de los serviles, y un *refuerzo* que vino á tiempo dió el laurel del vencimiento á los liberales, cuyos *vivas* resonaron hasta las estrellas. Cerca de este lugar estaba la tienda *del Mtrô. Homobono el amolador*; mas ¿quien podrá describir tantas cosas, y tan admirables?

Despues que anduve mirando mucho, que no se halla escrito, se aparece el loquero mayor, que decian era el escritor mas loco del mundo, gritando *la vapulacion mas cruel á escritores miserables.* Á su vista son imponderables la risa y mofa que le hacian los otros; pero él despreciando tan vil proceder repetia magestuoso: *non oge*



ventosæ plebis suffragia venor, y á estas palabras era mayor la burla y el escarnio. Le habria ido mal si no hubiese mudado de conversacion; pero sonó las manos, diciendo en voz alta: *refectorio, refectorio*, y aplacado un tanto el motin, todos nos dirijimos al comedor que era un salon inmenso, donde se veian unas largas mesas, sin manteles, ni otras prevenciones. Se sentaron los locos, y observé que en las mesas de la derecha se acomodaron los liberales; y los serviles á la izquierda en señal de réprobos. Todos ellos aguardaban un magnifico banquete; pero ¡cual fué su admiracion al ver que el único platillo que se les servia era de *chanfaina caldosa para los serviles*, y *sequita para los liberales*! Aqui si que fué troya. Un intrépido liberal se levanta de la mesa, y diciendo: *con las plumas y la espada se destruye la maldad*, desenvaina la tremenda, y comienza el ataque mas sangriento que vieron los mortales: llovian las pedradas, y se obscureció la admosfera preñada de multitud de platos, y negra chanfaina, que volaba sobre nuestras cabezas. Un puñado de ésta me tapó un ojo, y con el golpe, y el temor de otros mayores, desperté del sueño mas divertido y estraño que he tenido en los dias de mi vida.

¡O! El mundo es una casa de locos, y lo que á unos gusta á otros enfada. ¡Pobre nacion la que da cavida á opiniones políticas contrarias entre sí, porque su fin! es el mismo que el del soñado refectorio de los locos. Adoptado el sistéma de gobierno que pareció conveniente, los que le sean contrarios deben separarse muy lejos, para conservar la paz, compañera de la felicidad nacional.



MÉJICO: 1820.
Oficina de D. Alejandro Valdés, donde se está espendiendo la Apología de N. Srâ. de Guadalupe. Su autor el Dr. D. José Miguel Guridi Alcocer.